
Los vecinos del vecino: comprender la ecuación Canadá-México

*Herman W. Konrad**

Sin importar la perspectiva de que un investigador parta para analizar la relación Canadá-México, siempre se tendrá que tomar en cuenta aquello que se encuentra en medio de las dos naciones: su vecino. Este vecino, tanto antes como después del establecimiento formal de las relaciones diplomáticas entre Canadá y México, ha representado la más poderosa frontera que ha separado a los dos países e influido en su desarrollo doméstico e internacional.

Hollywood ha contribuido a la clasificación de estereotipos: para los canadienses, México es una tierra exótica caracterizada por nopales, sombreros, música ranchera, desastres naturales, levantamientos políticos y playas tropicales; para los mexicanos, Canadá es una tierra exótica de nieve y hielo, policía montada, políticamente apática, de vastos espacios y fronteras deshabitadas. Por su parte, Washington ha cultivado cuidadosamente, por lo menos hasta el Tratado de Libre Comercio (TLC), una relación *hub-and-spoke* con los dos países, a la vez que ha fomentado la apariencia de que ambos tienen muy poco en común.

El objetivo de este análisis será señalar que, contrariamente a los estereotipos y las apariencias, Canadá y México tienen muchos factores en común —muy poco estudiados—, los cuales deben ser comprendidos y apreciados en las dos naciones, en los vecinos continentales del vecino.

Tal vez, las expresiones más citadas para definir las relaciones de Canadá y México con Estados Unidos han sido las manifestadas por dos de sus jefes de Estado. La famosa frase del presidente Porfirio Díaz, “pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”, así como la del ex primer ministro Pierre Trudeau, “...ratones durmiendo con el elefante”, se han convertido en metáforas repetidas invariablemente como punto de partida dentro de la

* Universidad de Calgary, Canadá. Presidente de la Asociación Canadiense de Estudios Mexicanos.

literatura relativa a las relaciones Canadá-Estados Unidos y México-Estados Unidos. Si como metáforas han servido a un propósito, al igual que los estereotipos hollywoodenses también han servido para deformar y oscurecer los procesos históricos, culturales, económicos y políticos del continente. Ciertamente, la sociedad mexicana ha sido siempre muy religiosa: por cerca de cinco siglos, celosamente católica; antes, como atestiguan muchas de las construcciones prehispánicas sobrevivientes, la relación de los antiguos mexicanos con sus deidades se expresaba de manera monumental. Tampoco Estados Unidos ha sido su único vecino problemático: Nueva España compartió fronteras con Nueva Francia, fronteras disputadas y, al fin y al cabo, líneas divisorias de nuestros mapas, así como con los territorios reclamados por los británicos. Por su parte, Canadá sobrepasa en superficie territorial a Estados Unidos; mientras Trudeau pronunciaba su famosa frase, en la parte inglesa de Canadá resultaba muy difícil distinguir las diferencias de idiomas, economía y medios de comunicación. Los ratones y los elefantes, en términos de las características de sus especies, sólo interactúan en forma significativa en las fábulas y en las caricaturas hollywoodenses. ¿No es entonces momento de hacer a un lado estereotipos y caricaturas y dedicarnos a análisis más serios?

La importancia de la geografía histórica

La geografía histórica sugiere que la historia colonial de América del Norte es el resultado, en buena medida, de la lucha faccional de dos casas imperiales europeas, los Habsburgos y los Borbones. Cada una de ellas trató de fortalecer su riqueza y su poder a través de las colonias llamadas Nueva España y Nueva Francia. Gran Bretaña, con sus 13 colonias a orillas del Atlántico y su compañía real —la Compañía de la Bahía Hudson, establecida en 1670 en los límites árticos—, se convirtió en un actor continental importante solamente después de la derrota de Montcalm por James Wolfe, en 1759, y con la incorporación de Quebec, en 1773. Para entonces, las 13 colonias se encontraban en proceso de independencia y de rápida expansión en el interior del continente.

Dicha expansión fue el resultado de una lucha animada por la retórica del Destino Manifiesto, así como por el abandono de Francia e Inglaterra, las cuales encontraron mejores beneficios en las plantaciones de sus colonias caribeñas que en las de tierra continental. En 1787, las fronteras que unieron a Nueva España y Nueva Francia en 1750 habían sido transformadas en anexiones territoriales de Estados Unidos y de España; estas últimas también eran disputadas por Estados Unidos. Con la compra de Louisiana, en 1803, y la lucha por el territorio de Texas que conllevó a la derrota de Santa Anna, en 1848,

México quedó separado irreversiblemente de lo que en 1867 se convertiría en el Dominio de Canadá.

Una tercera parte de la población de las 13 colonias prefirió emigrar a territorio británico en vez de permanecer en la nueva república después del proceso independentista, con lo cual se convirtió en el baluarte de la presencia inglesa en su expansión inicial, “canadiense”, hacia el oeste. Después de las hostilidades angloamericanas de 1812-1814, el delineamiento de las nuevas fronteras entre los vecinos del norte continental sería negociado en el papel en vez de en los campos de batalla, como fue el caso de México y Estados Unidos, después del Tratado de Guadalupe, en 1848.

Lo anterior no significó que la aspiración estadounidense a formar un país llamado Estados Unidos de América (no sólo de Norteamérica), en todo el sentido hemisférico, finalizara ahí. Había que recurrir a otros mecanismos para alcanzar dicho objetivo. El ofrecimiento de Yucatán de unirse a Estados Unidos mientras se encontraba bajo la amenaza de un conflicto regional, la guerra de castas, fue derrocado en el Congreso por un margen mínimo de votos. En 1911, Champ Clark, el portavoz oficial estadounidense de la Cámara de Representantes, todavía esperaba “ver el día en que la bandera estadounidense flote sobre cada pie cuadrado de las posesiones británicas en Norteamérica, hasta el Polo Norte”.¹

La geografía histórica nos enseña algo que con frecuencia se ignora: el proceso de creación de fronteras entre los vecinos del gran vecino se realizó en un periodo de tiempo prolongado. Este proceso ayudó a dar forma a las relaciones, los miedos y las aspiraciones que han influido las perspectivas de los tres países a través del siglo xx.

El siglo xx

El porfiriato

De no haber sido por la Revolución Mexicana, que truncó el modelo de las relaciones económicas entre Canadá y México de la primera década del siglo, la economía mexicana tendría un papel mucho más importante en los intereses canadienses del que tiene ahora.

Canadá participó en la construcción de la infraestructura industrial y financiera requerida por los proyectos de desarrollo industrial promovidos por el

¹ Citado por Bruce Hutchison “The long border” en Livingston T. Merchant (ed.), *Neighbors Taken for Granted: Canada and the United States*, Nueva York, Praeger, 1966, p. 29.

presidente Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1910). Los intereses bursátiles, ferroviarios, de transporte urbano y de electrificación de Canadá vieron en México un terreno fértil para la expansión de sus intereses comerciales. Entre 1902 y 1909, apoyados por capital canadiense, estadounidense y europeo, dichos intereses establecieron compañías legales en Canadá con el propósito de llevar a cabo negocios en México. Éstos comprendían la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza del Centro, la Compañía de Ferrovías del Noroeste de México, la Compañía Veracruzana de Luz, Fuerza y Tracción, la Compañía Eléctrica Anglo-mexicana, la Compañía de Agua y Alcantarillado de Monterrey y la Compañía de Fuerza de Yucatán.² Las razones sugeridas para la incorporación canadiense fueron sus débiles restricciones legales para la declaración de los estados de cuenta anuales.³ Sin embargo, la compañías canadienses desempeñaron un papel importante dentro de la economía mexicana de la época.

En 1905, Canadá estableció una misión comercial permanente en México, a la cual siguieron la instalación de sucursales de bancos canadienses en la ciudad de México: el Banco de Montreal, en 1906, y el Banco de Comercio Canadiense, en 1910. El “quien es quien del empresariado y las finanzas canadienses”,⁴ bajo los auspicios del régimen de Díaz, se involucró en una empresa de tal magnitud con la finalidad de disminuir el dominio del capital estadounidense.

Una investigación completa de esta década de inversión, que sólo ha sido abordada por la academia canadiense, es todavía necesaria. La respuesta a las preguntas sobre cómo se estructuró la inversión, cómo fue administrada y por qué no pudo sostenerse debe revelar el trasfondo histórico y los detalles acerca de las relaciones bi y trilaterales en Norteamérica.

² Véanse C. Armstrong y H. V. Nelles, *Southern Exposure: Canadian Promoters in Latin America and the Caribbean. 1896-1930*, Toronto, University of Toronto Press, 1988; R. E. Chace, “The Mexican Northwestern Railway Company Ltd., 1908-1914”, CERLAC Mexico Project Working Paper, núm. 4, Toronto, 1982; W. E. French, “The Nature of Canadian Investment in Mexico, 1902-1915”, tesis de maestría, Calgary, University of Calgary, 1981; H. W. Konrad, “North American Continental Relationships: Historical Trend and Antecedents”, en S. J. Randall, H. Konrad y S. Silverman, *North America Without Borders? Integrating Canada, the United States and Mexico*, Calgary, University of Calgary Press, 1992; J. C. M. Ogelsby, *Gringos from the Far North: Essays in the History of Canadian-Latin American Relations, 1866-1968*, Toronto, Maclean-Hunter Press, 1976.

³ French, *op. cit.*, pp. 63-64.

⁴ Chace, *op. cit.*

Las estructuras políticas

Desde el porfiriato, el comercio mexicano-canadiense ha representado sólo una mínima porción del total del comercio norteamericano. En 1991, por ejemplo, representaba sólo 1.17% del comercio total de la región.

Sin embargo, deben destacarse las similitudes y los paralelos encontrados dentro de las estructuras políticas y las políticas de gobierno de los dos países. Por ejemplo, el Partido Liberal, en Canadá, y el Partido Revolucionario Institucional (PRI), en México, han dominado. Mientras que el PRI suma casi siete décadas ininterrumpidas de poder, los liberales canadienses han estado en el poder por más de 65 años con seis interrupciones. Ambos partidos han demostrado gran adaptabilidad en su situación ideológica desplazándose de la izquierda hacia el centro y la derecha, según las circunstancias históricas; además, en su interior, distintas vertientes políticas han ganado y perdido influencia, aunque ambas organizaciones han demostrado eficiencia en el diseño de plataformas políticas que, entre otras características, se orientaron a la cooptación de la oposición o a impedir su relevancia nacional. Entre los dos países contrasta, sin embargo, la concentración de poder en la ciudad de México con las constantes dificultades de Ottawa con los poderes y las jurisdicciones provinciales.

Los sistemas políticos canadiense y mexicano, comparados con el sistema bipartidista de Estados Unidos y el mínimo cambio que ha habido en las agendas de los gobiernos demócratas o republicanos, han demostrado tener mayor flexibilidad política. Desde el establecimiento formal de relaciones diplomáticas, en 1944, los liberales canadienses han estado en el poder 82% del tiempo total del que han estado los liberales mexicanos. Lo anterior no debe sugerir que ambos partidos tengan estructuras similares, sino que sus mecanismos para mantener el poder —la flexibilidad política, la construcción de relaciones de clientelismo, entre otros— necesitan de un análisis comparativo más profundo. Dicho análisis, a manera de sugerencia, podría tomar como exitoso punto de partida la presencia del vecino dominante y las decisiones políticas tomadas como resultado de ello.

La dependencia económica

Después de la segunda guerra mundial, la política estadounidense se dedicó a mantener el nivel de dependencia e integración económica que sobrevino de las necesidades económicas continentales durante la guerra. Entre 1944 y 1945, tanto el comercio entre Estados Unidos y Canadá como el de Estados Unidos y México se habían incrementado en forma significativa; Estados Unidos

representaba 80% del comercio total de México o de Canadá. Las instrucciones de los representantes comerciales estadounidenses incluían el tratar de minimizar las políticas nacionalistas de Lázaro Cárdenas en México (1934-1940) y Mackenzie King en Canadá (después de 1935).

El intento estadounidense de permanecer como el “único proveedor” fue contraatacado en México y en Canadá mediante un nacionalismo económico y la negativa frecuente de adoptar posturas internacionales “duras” en el periodo de la guerra fría. Ambos países diseñaron e instrumentaron modelos de economía mixta con mayor intervención estatal (*crown corporations*, en el caso canadiense; paraestatales, en el de México) que aquella aceptada por Washington. Las políticas de la “tercera opción” de Pierre Trudeau, y las relacionadas con el tercer mundo y los países no alineados, de Luis Echeverría, pueden ser vistas como la culminación de una corriente que intentaba balancear la desmedida influencia del vecino.

Las relaciones internacionales

Durante la posguerra, México y Canadá adoptaron posturas internacionales similares identificadas, respectivamente, con la Doctrina Estrada y la Doctrina Pearson, así como compromisos multilaterales de naturaleza internacional. Los dos países firmaron el Tratado de Tlatelolco; se opusieron a las intervenciones unilaterales de Estados Unidos en el Caribe; rehusaron romper relaciones diplomáticas y comerciales con la Cuba castrista y, en general, se negaron a apoyar el papel de Estados Unidos como policía internacional. La Conferencia Norte-Sur, en Cancún (1981), de la cual fueron anfitriones Trudeau y José López Portillo, no tuvo los resultados deseados debido a la oposición de la administración de Ronald Reagan a la propuesta común de Canadá y México de buscar nuevas soluciones a los problemas hemisféricos e internacionales.

A través de los años ochenta, la intención de Estados Unidos de calificar el conflicto centroamericano como resultado de las diferencias entre capitalismo y comunismo, así como su militarizada posición intervencionista, se toparon con la oposición directa de México y el Grupo Contadora, al igual que con el apoyo de Canadá a la solución del conflicto por medios diplomáticos y medidas socioeconómicas. Respuestas similares habían encontrado las acciones estadounidenses en la República Dominicana, Granada y, más recientemente, Panamá.

Aun cuando el gobierno canadiense, de alguna forma u otra, parezca disculpar actos específicos de Washington (por ejemplo, las declaraciones de Brian Mulroney inmediatamente después del inicio de la invasión a Panamá), el cuerpo diplomático canadiense, al menos en privado, ha estado en constante

oposición a tal intervencionismo. En cambio, las reacciones diplomáticas mexicanas han sido más ostensibles. Dichas diferencias deben ser vistas en términos de forma, más que de fondo: debido a sus conflictivas relaciones con México, Estados Unidos está acostumbrado a que las reacciones mexicanas sean más notorias y estridentes; las reacciones canadienses, por su parte, han sido más moderadas porque la relación con Estados Unidos ha sido menos conflictiva. Además, hay que tomar en cuenta que las reacciones oficiales de ambos países son resultado de necesidades internas diversas. Las presiones de Washington también han sido distintas en uno u otro caso, en virtud de las mayores similitudes o diferencias que existen entre la sociedad estadounidense y las sociedades canadiense y mexicana.

Los intereses estratégicos

A pesar de las apariencias superficiales, la afirmación de que Estados Unidos trata a Canadá de diferente manera que a México debe cuestionarse. Un examen cuidadoso de la práctica y la política debe tomar, como punto de partida fundamental, los intereses estratégicos que se defienden. La posición estadounidense, según lo expresó el embajador de Washington a su *staff* en México, en 1946, representa su política:

Reconocemos ahora que no existe distinción entre lo político y lo económico [...] la preponderancia de los factores económicos como determinantes de las políticas es tan grande que prácticamente toda política, incluyendo las decisiones más fundamentales que puedan hacer los Estados, dependen de consideraciones económicas.⁵

En el trayecto de su ascensión al poder y ya como el más poderoso actor económico del mundo, Estados Unidos se ha apoyado en sus intereses comerciales privados para sostener su economía. Después de haber reemplazado a Gran Bretaña como el actor económico más importante del hemisferio durante el siglo XIX, de haber eliminado el control español sobre sus colonias en el Caribe (1898) y de haberse establecido en Panamá (1903), Estados Unidos se encontraba en posición de respaldar la declaración de la Doctrina Monroe (1823) a través de la fuerza militar: el uso de tal fuerza en las múltiples

⁵ Cita textual: "We recognize today there is no distinction between the political and economic fields;... the preponderance of the economic factor as a determinant of policy is so great that practically all policy, including the most fundamental decisions that states make, depends upon economic considerations" (Tr. del A.). Al respecto, véase Washington National Record Center (WNRC), "Transcripts: Proceedings of Consular Conference Held in Mexico City, April 2-5, 1946", Record Group núm. 84.

incurSIONES de los *marines* en el Caribe y América Central estuvo invariablemente ligado a intereses económicos.

La práctica de alentar actividades comerciales fuera de sus fronteras y de defender tales intereses con instrumentos militares, diplomáticos y políticos, como habían hecho anteriormente las potencias europeas, ha sido un aspecto integral de la instrumentación de las políticas estratégicas estadounidenses. Por el contrario, Canadá y México no han tenido la infraestructura militar o la práctica necesaria para defender sus intereses comerciales extraterritoriales por medio de la fuerza; sus actividades económicas domésticas han estado sujetas a un mayor control estatal, particularmente en aquellos periodos en los cuales el modelo de desarrollo basado en la economía mixta ha tenido mayor énfasis. Así, el uso de presiones diplomáticas, políticas y de otra índole por parte de Estados Unidos, para defender las ventajas comerciales y los intereses de sus corporaciones y su capital fuera de sus fronteras, se ha reflejado notablemente en los intereses y las reacciones estratégicas de México y Canadá.

Cuando Canadá y México han parecido colaborar en oposición a los intereses de Estados Unidos, los dos han tenido que enfrentar los contraataques estadounidenses. Por ejemplo, el intento de resolver la modificación de la frontera mexicano-estadunidense como resultado del movimiento físico de las márgenes del río Bravo, en el área conocida como El Chamizal, involucró la intermediación de una comisión arbitral en la cual Canadá era miembro neutral (1910-1911). El representante canadiense, Eugène Lafleur, fue acusado de parcialidad en favor del punto de vista mexicano sobre sus derechos territoriales; las acusaciones legales desviaron por medio siglo la entrega del área disputada a México.

En el campo económico, la sobretasa de 10 % a las importaciones estadounidenses, autorizada por el gobierno de ese país en respuesta a presiones de algunos grupos de interés, en 1971, fue enfrentada de manera conjunta por Canadá y México, aunque sin éxito alguno. Asimismo, el esfuerzo de ambos países para fijar un mismo precio a sus exportaciones de gas natural, para contrarrestar la tendencia estadounidense a comprar al precio más bajo, fue igualmente inútil. Invariablemente, sin importar cuál de los dos países esté involucrado, las consideraciones económicas nacionales de Estados Unidos han derrotado los esfuerzos bilaterales de México y Canadá para apoyarse mutuamente.

Las estructuras domésticas

Localizados en las fronteras opuestas de una gran potencia, cuyo sector privado gobierna sus intereses económicos domésticos e internacionales, no debería

sorprender que los vecinos reaccionen de manera similar y, a la vez, con variedad de estilos. Los vecinos tienden a ser reactivos ante las políticas proactivas que apoyan los intereses nacionales de la potencia más fuerte.

En Estados Unidos, los ámbitos públicos y privados comparten valores y festejan el prestigio del poder y del destino, manifestados en términos monetarios; por ello, el vecino más poderoso en Norteamérica no ha necesitado crear o procrear el desarrollo de muchas de las instituciones nacionales que Canadá y México sienten necesarias para proteger sus valores. Así, si Hollywood tiene “carta blanca” para cultivar mitos, glorificar eventos históricos del pasado o interpretar valores culturales, los vecinos del vecino invierten incontables recursos y esfuerzos para construir y defender sus instituciones nacionales tanto en áreas relacionadas con la cultura y la comunicación como en otras no menos importantes. En Canadá y en México se encuentra una amplia gama de programas financiados federalmente cuya instrumentación ha sido frecuente y virtualmente simultánea; en cambio, en Estados Unidos, esa función ha sido ejercida por el sector privado. Ello sucede en el ámbito de la cultura y las comunicaciones y, también, entre otros rubros, en el área de la salud pública. Es claro que, debido a diferencias en la dinámica poblacional, la estructura de clase y los recursos económicos, los resultados son diferentes en cada país.

La poderosa capacidad de influencia de los medios de comunicación estadounidenses, así como de su industria editora, han puesto a la contraparte canadiense en una posición defensiva. Lo mismo ha ocurrido en el caso mexicano, aunque en un grado menor, debido a las mayores diferencias culturales y, fundamentalmente, al hecho de tener un lenguaje distinto. Sin embargo, tanto Canadá como México han sido y permanecen aprensivos y reactivos ante el inmenso poder de las organizaciones, orientadas de manera nacionalista, del sector privado de Estados Unidos.

La proyección de influencias

Los puntos anteriores han provocado la frecuente percepción de que, para ser reconocidos internacionalmente, incluso para obtener el reconocimiento nacional, artistas, científicos, atletas y escritores deben trasladarse a Estados Unidos para acrecentar su reputación. Tener un grado académico de una reconocida y prestigiada universidad estadounidense, haber actuado en producciones hollywoodenses, aparecer en los medios de comunicación de Estados Unidos, o “haberla hecho” en ese país, se ha convertido en obsesión de muchos individuos.

La obtención de prestigio nacional parecería mucho más fácil cuando se tiene la aprobación de Estados Unidos. Ello no significa que los logros

alcanzados en ese país sean superiores, sino que la visión y el poder de proyección por la vía de los medios de comunicación estadounidenses empujeñecen los alcanzados en nuestros países. Como resultado, muchos canadienses y mexicanos han desarrollado un complejo de inferioridad respecto del poderoso vecino. Sin embargo, es preciso que conozcan y reconozcan que su percepción sólo es reflejo de la asimetría en poder e influencia entre Canadá y México, por una parte, y Estados Unidos, por la otra. Por ejemplo, mientras que los campeones nacionales estadounidenses son declarados, fuera de todo contexto, campeones mundiales (como en el área deportiva: béisbol, baloncesto, entre otros), en México y Canadá no sucede tal cosa. Para alcanzar ese nivel, su reclamo debe estar sustentado en triunfos en eventos olímpicos o en competencias similares. Asimismo, mientras que la industria estadounidense de entretenimiento difícilmente adopta o promueve programas canadienses o mexicanos, en nuestros cines y televisiones podemos encontrar innumerables productos estadounidenses. Lamentablemente, muchas de nuestras producciones (la televisión es un ejemplo notorio) son copia o versión reciclada de las de Estados Unidos. Este complejo fenómeno no lo experimentan sólo los vecinos del poderoso vecino norteamericano —afecta a muchas otras naciones en el mundo, las cuales tratan de enfrentarlo de diferentes maneras— aunque, sin duda, la cercanía hace que Canadá y México lo sientan con mayor intensidad.

Las similitudes demográficas

La enorme influencia de Estados Unidos en América del Norte, si bien clara en muchos rubros, también ha sido acompañada de importantes influencias por parte de sus vecinos. Demográficamente, por ejemplo, Canadá y México han tenido un importante papel en el desarrollo de Estados Unidos, con algunas similitudes interesantes.

Por ejemplo, entre 1840 y 1930, cuando el desarrollo económico de Quebec se vio interrumpido, más de 1 000 000 de quebequenses migraron a Estados Unidos. Como consecuencia, en los estados de Nueva Inglaterra, un bloque considerable de francófonos ha intentado mantener su identidad cultural asociándola con la cultura de Quebec (radio, televisión y revistas),⁶ lo cual, según John F. Kennedy, fue un factor clave de su victoria electoral sobre Richard Nixon.

⁶ Véanse K. M. Curtis y J. E. Carroll, *Canadian-American Relations: The Promise and the Challenge*, Lexington y Toronto, Heath, 1983; G. J. Brault, *The French-Canadian Heritage in New England*, Hanover y Londres, University Press of New England & Kingston-McGill-Queen's University Press, 1986.

Por su parte, muchos millones de mexicanos han migrado a Estados Unidos en búsqueda de oportunidades económicas que no han podido encontrar en su país. Estos mexicanos también han desarrollado su propio apoyo institucional para mantener su lenguaje y su cultura y representan, asimismo, un importante factor electoral en los procesos democráticos de Estados Unidos. A pesar del carácter integracionista y el *status* de superpotencia de dicho país, dichos migrantes económicos se han resistido a la absorción cultural; de muchas maneras han mantenido una identidad quebequense o mexicana, al mismo tiempo que han promovido los valores y las tradiciones de sus países de origen.

Por el otro lado, la influencia demográfica de Canadá en México, y viceversa, ha sido mínima. Por ejemplo, sólo en 1993, 700 000 canadienses viajaron a México, aunque la mayoría como turistas. Relativamente muy pocos canadienses han migrado a México; el grupo más grande ha sido el constituido por 6 000 menonitas de las praderas canadienses quienes, temerosos de perder sus privilegios políticos y religiosos, migraron en la década de los veinte. Muchos de sus descendientes, un total de 40 000, ha establecido colonias agrícolas y ha retenido su nacionalidad canadiense.⁷ Por su parte, entre 1954 y 1987, migraron a Canadá 10 853 mexicanos. La corriente demográfica entre los dos países ha sido insignificante comparada con las que han tenido como destino Estados Unidos: por región de origen y por cantidad, esas migraciones permiten asegurar que la mayoría de los canadienses y los mexicanos tienen parientes en Estados Unidos. Las relaciones de parentesco entre canadienses y mexicanos son, indudablemente, menores.

Conclusiones

La implantación del TLC, acuerdo económico formal y trilateral que desvía radicalmente las relaciones bilaterales que existían entre el vecino y sus vecinos, ¿cambiará la dinámica de la ecuación México-Canadá?

Si pensamos en el pasado como un prólogo, no podemos sino concluir que el inmenso poder económico de Estados Unidos y el grado de penetración económica que ha logrado en sus vecinos se traducirán en cambios muy pequeños. Por ejemplo, el proceso de negociación que llevó al acuerdo de libre comercio norteamericano y a la búsqueda de la integración económica continental indica fuertes presiones del sector privado estadounidense para tratar a los vecinos como economías satélites, y no como socios. Sin embargo, no debe

⁷ H. L. Sawatsky, *They Sought a Country: Mennonite Colonization in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1971.

olvidarse un nuevo factor clave en la dinámica futura de la política y de la toma de decisiones en América del Norte: la existencia de foros trilaterales formales y comisiones que permitirán a Canadá y México colaborar en mutuo beneficio e impedir el avance de los intereses particulares del poderoso vecino.

En el presente, la retórica del “asociamiento” domina el discurso diplomático en Canadá, Estados Unidos y México. Al mismo tiempo, en los tres países, grandes sectores de la opinión pública se manifiestan en otro sentido; no sólo expresan sus temores ante una asimetría de influencia amplificadas sino que hacen suyas las múltiples diferencias históricas que han existido entre los vecinos del vecino.

Considero que el pasado necesita ser examinado con mayor cuidado para encontrar pistas que permitan entender las nuevas direcciones. El hecho de que Nueva España y Nueva Francia, los vecinos coloniales, fueran separados por aquello que habría de transformarse en su vecino inmediato, no necesita ser meramente un ejercicio académico de análisis histórico. En dicho proceso se encuentran las semillas de muchas de las incumbencias, actitudes y estrategias para la toma de decisiones que afectan tanto al presente como al futuro. Brindar atención a las similitudes en vez de enfocarnos en las diferencias entre Canadá y México tiene el mismo poder de diagnóstico para entender al vecino.

En el presente, la mutua falta de interés y atención hacia la relación México-Canadá, el cómo y el porqué se desarrolló, es de alguna manera equivalente a un “agujero negro” de información. Entender las circunstancias de ello, por tanto tiempo olvidadas, nos permitirá tener una base más sólida para comprender el pasado y, de alguna manera, lograr incidir en el futuro. Las relaciones entre “los vecinos del vecino” tienen un potencial que puede y debe ser explotado en beneficio mutuo.
